

NÚMEROS

Lección 20 - Capítulos 16, 17 y 18

La semana pasada concluimos el capítulo 15 de Números al estudiar detenidamente el remedio de Dios para la tendencia del pueblo de Israel a ignorar sus leyes y mandamientos. Este enfoque descuidado que muchos en Israel habían adoptado hacia las recién dadas Leyes de Moisés quedó ejemplificado en la historia del hombre que recogía leña para hacer fuego en el Sabbat. El resultado trágico fue que el hombre fue ejecutado por esta ofensa contra el mandamiento del Señor de no hacer fuego ni trabajar en el Sabbat. Es claro que en este incidente el hombre no había encendido un fuego; simplemente había recogido la leña. Por lo tanto, esta historia también destacó los principios de que la desobediencia a Dios trae consigo la muerte, y que la INTENCIÓN, aunque la acción pretendida nunca se realice completamente, juega quizás el papel principal en la determinación de Dios sobre la gravedad del pecado y, por lo tanto, de la consecuencia asociada.

Y, el remedio que Dios ordenó fue, en esencia, un dispositivo de memoria. Un recordatorio visible para cada israelita de que Dios se toma en serio Sus leyes, y que las consecuencias de la desobediencia podrían ser severas. **El tzitzit**, lo que las traducciones al español suelen llamar flecos, debía ser ese dispositivo de memoria.

Cada varón israelita debía usar **Tzitzit**; un fleco hecho de hilos blancos de lino, envuelto alrededor de un solo hilo azul de lana, y luego llevado en las esquinas de su vestidura. Aunque las Escrituras no abordan específicamente el tema de las mujeres en este asunto, aparentemente se consideraba opcional y permitido que las mujeres adjuntaran **Tzitzit** a sus vestimentas.

El efecto deseado de los **tzitzit** sobre el pueblo no era en absoluto sobrenatural. Los **tzitzit** no tenían ningún poder, y no tenían lugar en el ritual. Más bien jugaban con el más poderoso de los sentidos humanos, la vista, para lograr el objetivo de recordar a los israelitas los mandamientos de la Torá para que no se arriesgaran a ofender a Dios y luego tuvieran que sufrir un castigo divino, o civil.

Pero el **tzitzit** era también un signo, un signo de santidad. Aún más específicamente, simbolizaban una medida de nobleza y una medida de servicio sacerdotal que todo israelita tenía el honor de tener y que se esperaba que mantuviera. La clave para entender **los tzitzit** es que constituían una excepción a la prohibición de que los israelitas comunes vistieran ropas hechas de dos tipos diferentes de materiales. La ley era que uno podía vestir todo de lana O podía vestir todo de lino; pero los dos no podían mezclarse. Sin embargo, como la tribu de Leví había sido separada de Israel, y se le había asignado un deber especial como siervos y sacerdotes designados por Dios, el Sumo Sacerdote y los sacerdotes ordinarios tenían un par de prendas de vestir que ERAN hechas mezclando lana y lino; esta mezcla de materiales es, en hebreo, **sha'atnez**.

El *Tzitzit* era el ÚNICO artículo que los Israelitas comunes podían usar que era *sha'atnez*. Y, era el único artículo de este tipo que podía ser usado FUERA del recinto del Tabernáculo. La razón de esto es la ley de que cualquier artículo sagrado sólo puede ser usado en el recinto del Templo (o en los días de Moisés, en el Tabernáculo del Desierto). Los objetos sagrados de cualquier tipo debían permanecer dentro del patio del Tabernáculo o del Templo, porque ese era el único lugar sagrado. Si cualquier objeto sagrado se llevaba o se usaba fuera del recinto sagrado, ese objeto se contaminaba. Pero lo contrario también era cierto y tenía que ser igualmente vigilado: cualquier objeto común que se ofreciera a Dios, o se usara en servicio de Dios, se convertía en sagrado. Y esto presentaba sus propios problemas y consecuencias.

Ahora, a medida que avanzamos en los siguientes capítulos de Números, encontraremos varios de estos principios encontrados en Números 15 puestos en juego.

Los capítulos 16, 17 y 18 de Números son una unidad. En realidad, no son más que una larga historia que los eruditos cristianos dividieron hace tiempo en trozos más pequeños que llamamos capítulos. Sin embargo, en mi opinión, esta historia está demasiado dividida si sólo leemos el primer capítulo de la unidad, y después el siguiente, y después el tercero. Por eso, hoy vamos a leer los tres capítulos seguidos, sin detenernos a comentarlos o estudiarlos. Cuando los hayamos leído todos, volveremos atrás y empezaremos a diseccionar todo lo que ocurre en estos versículos.

Antes de empezar, permítanme hacerles una pequeña introducción sobre el contenido de estos capítulos, para ayudarles a saber qué deben buscar. Esencialmente, se trata de la naturaleza y el propósito indispensables del sacerdocio y del lugar inflexible que el sacerdocio debe ocupar en la vida nacional de Israel. Y ese lugar especial de santidad superior que posee la tribu de Leví, con el subgrupo dentro de Leví llamado el Sacerdocio en el pináculo de la jerarquía de santidad; esto se va a demostrar por medio de la ley y la narración de una historia de rebelión contra la jerarquía de santidad ordenada por Dios.

Cuando Yehoveh entregó por primera vez la Ley a Moisés en el monte Sinaí, no eran más que teorías idealistas para el pueblo de Israel. Estas leyes no eran solo una larga lista de cosas que hacer y no hacer, rituales y observancias, crímenes y castigos, establecidos para que Israel los obedeciera; pero ellos no entendían como se aplicaban a la vida diaria, ni (en muchos casos) porque tenían que hacer (o no hacer) estas cosas en primer lugar. Además, una gran parte de ellas ni siquiera podían cumplirse sin que Israel estuviera en la Tierra Prometida (de hecho, algunas de las leyes iban precedidas de las palabras "DESPUÉS de entrar en la tierra"). ¿Qué posible propósito útil podían tener algunas de estas extrañas regulaciones (al menos eran extrañas para la sociedad típica del Medio Oriente)? Muchos de estos mandamientos y ordenanzas parecían arbitrarios, caprichosos y demasiado duros.

Es como cuando éramos adolescentes y nos estábamos preparando para obtener nuestra primera licencia de conducir. Teníamos que leer un molesto librito sobre las leyes de tráfico y retener la información el tiempo suficiente para aprobar el examen, así podríamos obtener nuestra licencia y participar en ese ritual de paso estadounidense hacia la adultez: conducir un carro. Pero el propósito de esas leyes de tráfico a menudo nos resultaba un misterio. De hecho, muchas de ellas parecían bastante ridículas, por lo que no teníamos planes de obedecerlas cuando finalmente obtuviéramos nuestras licencias y empezáramos a conducir sin mamá o papá a nuestro lado. Para la mayoría de nosotros, fue necesario recibir una serie de multas, rozaduras de parachoques y aumentos en las tarifas del seguro antes de entender dos cosas: a) que las leyes son reales y no solo teoría, y b) que las consecuencias por violar

esas leyes, ya sea que las consideremos sabias o estúpidas, pueden variar desde irritantes hasta severas.

En otras palabras, los principios tienen que ponerse en práctica para pasar de la teoría a la realidad. Si la ley hubiera sido dada a Israel y ellos simplemente se hubieran quedado allí, enclaustrados al pie del monte Sinaí; si solo hubieran recogido el maná que Dios les proporcionaba cada día, mirado cada mañana hacia la majestuosa cima del monte donde se entregó la Ley, y criado sus rebaños en paz y tranquilidad, la mayor parte de la Ley habría permanecido solo teoría para ellos. Necesitaban avanzar, experimentar la vida, enfrentar circunstancias cotidianas, lidiar con dificultades y desafíos, soportar adversidades, tropezar, caer, tomar decisiones difíciles y menos claras para que la sabiduría y el propósito de estos principios divinos se hicieran reales; para que los israelitas aprendieran a aplicarlos de manera que los mandamientos de Dios se convirtieran en algo establecido en sus mentes y corazones.

Lo mismo sucede en nuestra caminata cristiana con el Señor. Es un viaje, no una estancia. Si aceptamos a Yeshua y luego nunca avanzamos, aceptamos riesgos, tomamos caminos que parecen un poco temerosos; si nos quedamos simplemente en un lugar de calidez, provisión y comodidad, entonces la mayor parte de lo que el Mesías quiere que sepamos seguirá siendo solo teoría. Un pensamiento agradable; un sentimiento cálido y reconfortante.

Es solo cuando avanzamos y ponemos en práctica esos principios divinos que se vuelven reales para nosotros y comenzamos a ver su propósito y perfección. Son nuestras experiencias las que solidifican nuestra confianza y afirman nuestra fe.

La historia que vamos a leer comienza con otra de una serie de rebeliones del pueblo de Israel contra Dios. Oh, ellos no lo ven como una rebelión contra Yehoveh, lo ven como un levantamiento contra simples hombres: Moisés y Aarón. Y qué error es esa percepción, como pronto descubrirán.

Cuando leamos esta historia, tengamos siempre presente que Moisés es el Mediador de Dios entre la humanidad y Él mismo, y Aarón es el Sumo Sacerdote de Dios, otro mediador (pero de rango ligeramente inferior). Piénsalo de esta manera: Moisés es el equivalente veterotestamentario de Yeshua el Mesías. Ahora, por supuesto, esa analogía sólo puede llevarse hasta cierto punto, pero su principal rasgo común es que tanto Moisés como Yeshua fueron los Mediadores designados por Dios. Tenían un estatus especial que ningún otro hombre ha tenido ni tendrá jamás. Y así como tantas personas tolerantes, en nuestros días, hablan de respeto por Jesús, pero no creen en su papel especial como Mediador y Salvador, así los israelitas de la época de Moisés generalmente respetaban a Moisés como líder humano, pero muchos todavía no comprendían su estatus supremo e inabordable como Mediador divinamente ordenado. No comprender la posición superior que ocupaba Moisés costaría la vida a muchos israelitas.

Leamos los capítulos 16, 17 y 18 de Números.

LEER NÚMEROS Capítulos 16,17,18 todos (sucesivamente)

Al comenzar el capítulo 16, tenemos un pueblo que ha sido desmoralizado por los informes de los diez exploradores, rebelándose por miedo y consecuentemente Jehová castiga al pueblo volviéndolos al desierto; y muchos permanecen desilusionados e infelices, por decir lo menos. Además, ha habido una división de deberes ordenada por Dios y también un cambio de estatus

y establecimiento de rango y orden dentro de Israel que elevó a algunas personas y disminuyó a otras. La situación es tensa y comienza a salirse de control; y esos hombres que se supone deben ser líderes y ayudantes de Moisés ahora se convierten en anti-líderes y fomentan la rebelión. Como todos hemos sido testigos, si no participes, de personas al borde del pánico o la desesperación, sabemos que son fácilmente influenciadas por hombres ansiosos por utilizar esos miedos para promover agendas personales y deseos ocultos de poder. Y en este creciente caos entran en escena Coré, Datán y Abirán; su objetivo es asumir el control del centro de poder de Israel, el sacerdocio. Esta es una mezcla bastante interesante de aliados; Coré es un levita de la línea de Coat. Por otro lado, Datán y Abiram son de la tribu de Rubén. Entonces, ¿cómo se une este improbable grupo de mentes? Están acampando juntos en el lado sur del campamento israelita. Vivían justo al lado, uno del otro y sus vidas estaban así entrelazadas. Ciertamente, los levitas vivían en el anillo más interno, y por lo tanto más sagrado, de las tribus y clanes que rodean y protegen el Tabernáculo. Pero la proximidad cercana obviamente llevó a estos dos grupos a estar en contacto constante.

Sin embargo, ellos no fueron los únicos involucrados en el intento de golpe; se nos dice en el verso 2 que otros 250 hombres de Israel.... líderes de varias otras tribus..... se pusieron del lado de Coré, Datán y Abiram. Sin embargo, está claro en el relato que es el levita Coré quien es el principal instigador.

Dentro de poco veremos que Datán y Abiram, de la tribu de Rubén, tenían una agenda un poco diferente a la de Coré. Pero en este momento están unidos en sus acusaciones contra Moisés y Aarón, quienes generalmente son vistos como un equipo (después de todo, son hermanos). Y su acusación es que Moisés y Aarón se han apropiado demasiado poder para sí mismos y han establecido demasiadas reglas que favorecen a ellos y sus familias sobre los demás. También afirman que se han autodesignado. Pero va aún más lejos y lo que afirman a continuación es un resultado directo de lo que leímos al final del capítulo 15, sobre los **Tzitzit**.

A estas alturas, todo Israel, o casi todo, llevaba **tzitzit**. Y a algunos se les subió a la cabeza. Al parecer, comprendieron (aunque de un modo bastante retorcido) que el uso **del tzitzit les confería** un cierto grado de nobleza y estatus sacerdotal; y ahora querían aprovecharse de ello. Así que dicen: "oye Moisés, toda la comunidad es santa, no sólo tú y Aarón". Dedujeron (por razones egoístas, por supuesto) que con el uso del **Tzitzit** ahora tenían el mismo estatus que el Sacerdocio, y que Moisés. Error.

Ahora empezamos a ver por qué el levita Coré era el que lideraba la carga. Como levita del clan de Coat, Coré no era elegible para ser sacerdote. Los sacerdotes tenían más autoridad y un estatus más alto y por eso Coré estaba celoso. Ninguno de su clan era elegible para ser sacerdote. Permítanme recordarles que, así como toda la tribu de Leví fue dividida y separada de Israel, también la tribu de Leví fue dividida y separada en dos grupos: los Sacerdotes (que venían SOLAMENTE de la línea de Aarón), y los restantes Levitas que trabajaban para los sacerdotes. Esos levitas restantes, de los cuales Coré era uno, eran guardias, músicos, transportistas del Tabernáculo cuando se movía, y trabajadores de mantenimiento de los terrenos del Tabernáculo. Pero NUNCA podían realizar rituales o usar la vestimenta sacerdotal o entrar a la Tienda del Santuario, todas estas actividades mostraban un estatus más alto que el permitido para los levitas regulares. Así que de Números en adelante cuando tenemos la frase repetida "Levitas y Sacerdotes" no son dos maneras de decir lo mismo, está hablando de dos grupos diferentes cada uno con diferentes niveles de estatus, y por lo tanto diferentes niveles de santidad.

Entonces Moisés ideó instantáneamente una prueba como medio para demostrar el estado sagrado superior del sacerdocio frente al estado sagrado inferior de los levitas restantes, y aún más bajo el estado sagrado de los israelitas comunes.... incluso CON el recientemente autorizado uso de los Tzitzit. Y la prueba consiste en que cada uno debe traer incensarios llenos de brasas ardientes e incienso, y presentarlos al Señor a la entrada de la Tienda del Santuario. Moisés incluye una advertencia al decirle a Coré y a sus secuaces que no son Moisés y Aarón quienes han excedido su autoridad, sino aquellos que se han adelantado a desafiar a los hombres que Yehoveh ha instalado como líderes de Israel.

La forma en que funciona la prueba es que Dios permitirá el acceso (presumiblemente dentro del Lugar Santo, esa sala frontal de la Tienda) a aquellos cuyo incienso Él acepte. En otras palabras, Coré quiere que él y sus hombres sean sacerdotes, y la principal indicación de un sacerdote es que obtiene acceso a Dios mediante la capacidad de entrar en la Tienda Santa.

Ya se ha dejado claro en la Ley que SOLO los sacerdotes pueden presentar incienso al Señor, y cualquier otra persona que lo intente lo hace bajo su propio riesgo. En el verso 9, Moisés intenta recordarle a Coré y a esos levitas que lo siguen que Dios ya les ha dado un gran honor al elegirlos y separarlos de Israel como sus propios siervos, y que su servicio a los sacerdotes es lo mismo que servirle a Él. Y esos levitas, incluso los asignados a las tareas más humildes están un paso por encima en santidad y privilegio que cualquier miembro de las otras tribus de Israel.

Luego, en el versículo 12, la historia da un giro. Moisés manda llamar a los compañeros de crimen de Coré: Datan y Abiram, miembros de la tribu de Rubén y, naturalmente, se muestran desafiantes. Aquí vemos que tienen un asunto pendiente más con Moisés que con Aarón. Coré quería el sacerdocio, y estaba tras el puesto de Aarón como Sumo Sacerdote. Datan y Abiram querían el puesto de Moisés. Recordemos que el fundador de la tribu de Datan y Abiram, Rubén, era el primogénito legítimo de Jacob y por costumbre debería haber recibido el liderazgo de Israel a la muerte de Jacob.

Y luego, en la respuesta más blasfema (que ilustra cuán alejados estaban de Dios y de Sus planes para Israel), le dicen a Moisés que no es Canaán la tierra que mana leche y miel, sino Egipto. Y que la única razón por la que Moisés los sacó de Egipto fue para gobernar sobre ellos (algo que no podría haber hecho allí). Esto se remata con un dicho de la época que dice que "les sacarías los ojos" al pueblo. Este dicho corresponde a nuestro moderno "ponerle los cuernos". Es decir, están acusando a Moisés de engañar al pueblo sobre la perspectiva de una vida mejor y una patria en Canaán.

En el cristianismo, a menudo se dice que el único "pecado imperdonable" es blasfemar contra el Espíritu Santo, y ha habido un debate acalorado durante siglos sobre lo que significa exactamente "blasfemar contra el Espíritu Santo". No estoy seguro de poder decírtelo; sin embargo, creo que acabamos de ver un patrón, si no un ejemplo directo, de cómo se ve ese pecado imperdonable en acción.

El acto está hecho y ahora Israel ya no está en manos del enemigo, Egipto, sino que está seguro en las manos de Dios y es guiado por Su mediador designado, Moisés. Estos líderes rebeldes en Israel dicen que desean devolver su redención y volver a manos del enemigo. Creo que ves hacia dónde me dirijo con esto. Como creyentes, cuando aceptamos nuestra

redención, varios pasajes del Nuevo Testamento dejan bastante claro que podemos, con nuestra propia voluntad, devolver esa redención. No por accidente. No al cometer algún pecado desconocido. Sino decidiendo en nuestra mente que deseamos lo que el enemigo nos puede ofrecer, y nos ha proporcionado en el pasado (MÁS de lo que nuestro Salvador y Dios nos ha proporcionado). Si bien esto puede no ser la totalidad de lo que significa blasfemar contra el Espíritu Santo, al menos es un buen ejemplo.

Mira; Satanás siempre nos está tentando y luego nos acusa cuando caemos en sus tentaciones. Pero su objetivo no es simplemente ser una espina en nuestro costado; la tentación no es simplemente hacernos fallar y luego reconciliarnos con Dios, una y otra vez, volviéndonos locos. Su verdadero objetivo es llevarnos de vuelta. Su objetivo final es lograr que tomemos la decisión de renunciar a nuestra lealtad a Yehoveh y regresar a la servidumbre al enemigo que nos tenía hasta que tomamos la decisión de aceptar nuestra redención. Y esto es porque de la misma manera que por nuestra propia voluntad primero llegamos a Yeshua, por esa misma voluntad debemos entregar nuestra redención.

Eso debería hacernos estremecer cuando pensamos en lo que hacemos cuando, incluso en los lugares secretos de nuestros corazones (que Dios conoce), a veces anhelamos volver a los caminos del mundo, sus placeres y comodidades a los que estábamos acostumbrados. O casi tan malo, mezclar los caminos del mundo que hemos disfrutado tanto con los caminos del Reino de Dios.

Coré rechazó su redención. Coré rechazó el sacerdocio de Dios, que era el único medio para la expiación. Por lo tanto, Coré también rechazó el método de Dios para la expiación de sus pecados. Datán y Abiram también rechazaron su redención. Varias docenas de otros la rechazaron junto con ellos. Estamos a punto de descubrir qué nos compra el rechazo de nuestra redención.

Pero, antes de cerrar esta semana, permítanme señalar una cosa: noten que Datán y Abiram eran de la tribu de Rubén. Rubén era el primogénito natural de Israel y, por derecho propio, debería haber sido el líder y la autoridad natural sobre Israel. Pero, unos doscientos años antes, Jacob rechazó a Rubén, lo pasó por alto y le dio los derechos de primogenitura a Judá y a José, porque Rubén había dormido con la concubina de Jacob. Estos descendientes de Rubén, después de todo este tiempo, aún no habían aceptado la voluntad de Dios, dada a través de Jacob, de que ELLOS no liderarían a Israel. Más de dos siglos de amargura estaban hirviendo. El problema para Coré, Datán y Abiram es que Dios se lo tomó personalmente y nunca sucede algo bueno cuando ese es el caso.